

EL MISTERIO FORCADES

El hábito
de la rebeldía

La novicia de 'Sonrisas y lágrimas' manifestaba su insumisión transformando cortinas en vestidos a tijeretazo limpio. La monja benedictina Teresa Forcades (Barcelona, 1966) prefiere hacerlo impulsando un proceso constituyente que renegocie el pacto social. Porque la injusticia, dice, le «quema los huesos».

POR NÚRIA NAVARRO FOTOS ALBERT BERTRAN

No entiendo la esencia en el monasterio como un 'ja us ho fareu', hay que trabajar para construir un mundo mejor». En eso anda Teresa Forcades, monja de clausura de Sant Benet de Montserrat cuya conversión en activista pone de los nervios a unos cuantos. A la autoridad eclesiástica, por sus ideas sobre el aborto y el papel de la mujer en la Iglesia. A los gigantes farmacéuticos, por su combate contra la medicalización. Al españolismo, por su independentismo. A la derecha, por su anticapitalismo. Y a cierta izquierda, por vender una versión de la CUP para adultos.

Pero la benedictina tiene solidez intelectual, una convicción a prueba de martirio y un no se qué magnético, y los hartos de que nadie dé soluciones la escuchan. Quince días atrás, 1.800 personas desbordaron el Teatro Barts para oír su sermón contra los atropellos del sistema. Incluso tiene una secretaria que gestiona su correo y su agenda. ¿De qué pasta está hecha? ¿Por qué se mete en jardines?

Para empezar, Forcades siempre ha huido del estereotipo. Cuando pudo estrenar una brillante carrera de médico, le dio por estudiar Teología. Cuando sus colegas exploraban textos de Agustín de Hipona y Jerónimo de Estridón, ella elaboraba una tesis sobre teología queer [la idea: Dios

está más allá del sexo, la clase, la raza y la edad. Ahí es nada]. Y cuando ya llevaba el hábito, se convirtió en un fenómeno viral con su alegato contra la vacuna de la gripe A. «Siempre he sentido una gran rebeldía contra los encasillamientos –admite en un saloncito del monasterio–. Soy un sujeto. Ni yo puedo definirme. Entonces, ¿por qué dejar que me definan otros? Santo Tomás dijo: 'Ser persona es ser autopropulsado'. Y a mí me importa esa conciencia profunda de lo que significa ser persona. Te pueden forzar desde fuera, pero no internamente. Mi lugar en el mundo lo pongo yo».

Y así fue como, después de la escandalera del vídeo de la gripe A, en el 2009, Forcades decidió que su lugar era volver a ese silencio de Montserrat que solo rompe el viento entre los pinos. Pero allá abajo el nivel de deterioro crecía hasta rozar lo intolerable, y a ella le aumentaba el *neguit*. «Me quemaban los huesos», dice, cogiendo prestada la imagen del profeta Jeremías.

¿Sentía la necesidad imperiosa de bajar de la montaña? «En clave individual, no siento esa necesidad. Otra cosa es en clave social. Tiene que haber personas que respondan a la vulneración de los derechos. Los desahucios son una brutalidad ejercida sobre los más vulnerables. No puedo ser indiferente al deterioro laboral. Por otra parte, mucha gente me decía: 'Haz algo'. Y yo respondía: '¿Qué queréis que haga yo?'. Pero tocaban una llaga que ya tenía abierta». Has-

ta entonces, se había limitado a rezar y a escribir, pero el pasado junio la invitaron a dar la conferencia inaugural de un encuentro empresarial en los Pirineos –«seguramente esperaban que cargaría contra el Gobierno»–, y ella, micro en mano, pidió la nacionalización de la banca y el no reconocimiento de la deuda externa.

Cónclave en el recibidor

Tras aquel primer zambombazo, que dejó noqueados a los empresarios, Forcades se reunió en octubre en un recibidor del monasterio con personas que tenían tanta inquietud como ella. «Me pedían colaborar para trabajar contra la insatisfacción social en una especie de frente político y, mientras hablaban, yo pensaba 'qué interesante, que Dios les bendiga', pero no me sentía llamada a entrar en la política partidista. En cambio, dije: 'Cuando queráis organizar la huelga general indefinida, contad conmigo. Es una forma de decir 'basta' a un sistema injusto, que no se arreglará desde arriba».

Todos convinieron en que la huelga general indefinida era difícil de organizar, y que los primeros en sufrir serían los más vulnerables, los que dependían de un jornal. Entonces, Forcades soltó: «Si tenemos la fuerza suficiente y el poder de convocatoria para hacer una huelga general indefinida, también los tenemos para organizar un movimiento desde aba-

jo que se presente a las elecciones, porque el objetivo de la huelga general indefinida no es hacerla, es que caiga el Gobierno; y abrir un proceso constituyente para renegociar el pacto social. Selograría la ruptura de manera pacífica, democrática y sin que hubiera ninguna otra Ester Quintana». Algo dentro de ella le hizo un «clic».

Del silencio al ruido

Forcades tuvo que exponer su «clic» al resto de la comunidad de Sant Benet, donde le pusieron peros –«es una comunidad plural y hay distintas opiniones»–, y naturalmente consultarlo con su obispo. Hasta que no lo hizo público, confiesa, tuvo un debate interno. «En medio de la lucha política más justa eres feliz, pero no hay mayor espacio de felicidad que el silencio y la gratitud». Parecerían mundos antitéticos. El orden y el caos. La serenidad y el batiburrillo. Pero, para ella, los espacios de silencio de San Benet son como el cargador de un móvil: le dan autonomía para llegar a todos los requerimientos.

Y con esa vocación pedagógica que transpira, se acomoda el velo como si fuera a caérsele sobre los ojos y explica un relato chino: el del rey que ofreció un premio al artista que captara la paz perfecta. Uno pintó una puesta de sol en una playa: otro, la inmensidad vista desde la cima de una montaña, y un tercero, una cascada turbulenta. El rey eligió esta última '¿Cómo puede ser?', se preguntaron. 'Mirad bien, en esa grieta de la roca, detrás de la cascada, hay un pajarito en una rama'. ¿Se identifica con ese pájaro entre el estruendo? «Querría, aunque a veces pierdo la distancia... Pero creo que la gente me escucha por ese silencio. Y porque lo que digo nace de una reflexión personal, no de la obediencia a ninguna consigna. Yo digo lo que pienso. A veces lo que pienso puede ser equivocado, pero aun siendo equivocado, tiene la frescura del que habla desde sí mismo».

–En el interín se va llevando unas cuantas collejas.

–La primera vez que ves tu nombre con un insulto al lado impacta. Lo lees y dices: '¿Qué se han creído?'. Pero ha pasado, pasa y pasará. Puedes emprender acciones legales, aunque me dicen que si eres una persona conocida tienes que contar con eso. Al final te acostumbras. No es la parte que más me preocupa, sino la aceleración, las demandas que te arrastren hacia una especie de actividad que haga desaparecer los espacios de silencio de los que hablo.

–Puede que el monasterio se le vaya quedando pequeño, como le advirtió la madre abadesa en 1997.

–Mi planteamiento actual no es cambiar la ocupación monástica por la política. Y lo digo a partir de cómo me siento ahora por dentro. De aquí a 10 años no puedo decir qué pasará. Hoy mi entorno me permite formular cosas y llegar a gente a la que, de otro modo, no podría llegar.

Pasa a la página 7

“

«Hoy no me planteo cambiar la ocupación monástica por la política. De aquí a 10 años no puedo decir qué pasará»